

Angel Cruchaga S. M.

# El Viaje

## I



ANZAMOS los aviones  
en la loca conquista de los mundos.  
Cantan las hélices dividiendo el día.  
¡Iremos a las playas de Saturno!

De puerto en puerto,  
en bahías de azul, en un crepúsculo  
que agonice allá lejos en los brazos  
de Jesucristo en horizontes de humo.

¡Recuerdos de la tierra!  
plazas y torres en un cielo turbio.  
¡Oh, lejanas montañas de amatista!  
Hemos levado el ancla del futuro...

¡Oh rumor de las hélices  
que derraman estrellas en el vuelo!  
Hasta el lejano mar quedó dormido,  
pero su canto lo llevamos dentro.

¿Hacia qué playa vamos?  
¿Será la luna nuestro puerto?  
¿O iremos a morir en una estrella  
que canta en el vacío como un ciego?...

¡Estábamos tan solos!  
La muerte nos corría por los huesos.  
En un gesto de horror, nuestros aviones  
en el cielo de Elías se perdieron.

Nada queda del mundo.  
Rotas las vestiduras  
sentimos en la carne los luceros.  
El corazón es valle de luna.

Hemos subido tanto  
que nuestros ojos mirarán la túnica  
de Dios, y entonces en su llamarada  
como rosas que el viento desmenuza  
se romperán las hélices que cantan  
hacia los cielos la armonía última...

## II

Lanzamos los aviones  
atravesando el día.  
En torno de los huesos nos envuelve  
una larga serpiente de ceniza.

Y aun cantamos en el horizonte...  
¡Oh cielos de amatista,  
mares de Dios, remansos de los mundos!  
¡Nos mostrarás, Señor, todas tus islas!

Y en medio de huracanes, lejos, solo,  
como a través de ventanales lilas,  
pálido desde el fondo de los cielos  
para vernos morir viene el Mesías...

Y así como los ángeles  
giran en el viento de su nimbo  
vuelan hacia la muerte los aviones.  
El corazón se vuelca en un suspiro.

Y nuestras voces en la maravilla  
se perfuman y elevan en un himno  
y van nuestros aviones  
estrechando la gloria de su círculo.

### III

¡Cómo lucen las manos  
estrelladas del Cristo!  
Horizontes de seda abren las hélices.  
Ya empiezan a morir nuestros sentidos.

Pero aun en el viento de la muerte,  
en un canto suavísimo,  
nuestros aviones en la playa última  
vuelan en el aliento de un suspiro.

### IV

Pero allí estás inmóvil, con las manos  
llagadas, triste el rostro.  
En ti suspira toda la Belleza.  
El universo se apoyó en tus hombros.

Miras los mundos;  
anclaron las estrellas en tus ojos  
y cuando alargas en tu cruz los brazos,  
llora tu corazón sobre los Polos.

Estamos cerca, cerca  
de la sangre florida de tus manos.  
Ya nuestro corazón es un recuerdo.  
En el aire de Dios va nuestro espanto.

Nada sentimos, nada.  
Como en la paz de las praderas verdes  
el corazón se nos perfuma todo.  
¡Acaso ya la eternidad lo envuelve!

V

Callaron los aviones;  
se durmieron las hélices.  
Sólo veo tus manos frente al día.  
¡Estás inmóvil siempre!

Sobre tu corazón cantan las horas;  
giran los ángeles; las estrellas vienen  
a tu colmena como las abejas.  
¡Dime, Señor, si penetré en la muerte!...

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA.